A Fake American Novel

KRK EDICIONES · VALKENBURG · 114

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

Eduardo Lagar Fernández

Toda esa mierda.

A Fake American Novel

KRK EDICIONES · 2026

Cubierta: Iván Quesada, *¿Van a querer algo más los señores?*,
2026, carbón sobre papel, 40 × 30 cm
© Eduardo Lagar Fernández
© de esta edición, Krk Ediciones
Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo
www.krkediciones.com
ISBN: 978-84-8367-908-1
D.L.: AS-2065-2026
Grafinsa. Oviedo

Índice

Toda esa mierda. *A Fake American Novel*

PRIMERA PARTE

1. . . . 17
2. . . . 24
3. . . . 32
4. . . . 36
5. . . . 40
6. . . . 46
7. . . . 51
8. . . . 56
9. . . . 60
10. . . 73
11. . . 78
12. . . 81
13. . . 86
14. . . 91
15. . . 96
16. . . 105
17. . . 110
18. . . 113
19. . . 124
20. . . 137
21. . . 147
22. . . 150
23. . . 156
24. . . 161
25. . . 170

SEGUNDA PARTE

1. . . . 175
2. . . . 180
3. . . . 181
4. . . . 187
5. . . . 189
6. . . . 198
7. . . . 199
8. . . . 205
9. . . . 208
10. . . 215
11. . . 217
12. . . 221
13. . . 222
14. . . 226
15. . . 227
16. . . 230
17. . . 231
18. . . 239
19. . . 240
20. . . 247
21. . . 248
22. . . 256
23. . . 257
24. . . 263
25. . . 266
26. . . 271
27. . . 278

TERCERA PARTE

1. . . . 285
2. . . . 294
3. . . . 296
4. . . . 298
5. . . . 307
6. . . . 308
7. . . . 314
8. . . . 316
9. . . . 323
10. . . 329
11. . . 331
12. . . 334
13. . . 338
14. . . 344
15. . . 346
16. . . 352
17. . . 357
18. . . 359
19. . . 362
20. . . 365
21. . . 370
22. . . 372
23. . . 375
24. . . 381
25. . . 387
26. . . 390
27. . . 395
28. . . 406
29. . . 412
30. . . 414
31. . . 421
32. . . 422

Toda esa mierda

A Fake American Novel

Para Cánquel,
que abandonó precipitadamente la aldea
por culpa de la escasez de rinocerontes.
Cuánto nos reímos, hermanín.

Antes de hacerlo estallar
Quiero que aguantes mi mano,
Dime si el pulso es constante
O es un murmullo lejano.
Vetusta Morla. *Consejo de sabios*

PRIMERA PARTE

I.

El culo de Kim Kardashian tiene, exactamente, un volumen de 0,047 metros cúbicos. Busque el dato, está en internet. Alguien lo ha calculado. Ya es ociosidad. Imagine el lector un contenedor donde puedan verterse 47 botellas de un litro de agua. Y ahora, si es tan amable, centre el lector su imaginación en esa portentosa fruta de dos gajos y 0,047 metros cúbicos de volumen y vea cómo se bambolea imperial siguiendo muy obediente a su dueña, Kim Kardashian (en adelante KK), mientras esa diosa estadounidense de raíces armenias camina desnuda con una centelleante copa de vino blanco en la mano izquierda y muy enjoyada.

KK, y su culo, cruzan el enorme apartamento blanco que la diosa ha alquilado en AirBNB. El *skyline* de Manhattan, al fondo, es un enjambre de luces inquietas salpicando la noche. El culo de KK, ahora en primerísimo primer plano —casi lo tenemos acariciando la punta de nuestra nariz, recién estrenado lector, sienta el cosquilleo— es un sistema planetario binario. Nalga contra nalga orbitan sobre sí mismas, rozándose a ritmo de paquidermo. Dos mundos unidos para la eternidad vagan por el cosmos sin final de la noche neoyorquina. Una brisa constante envuelve de aire perfumado del gran culo del siglo XXI, sabroso melocotón, jugoso y aterciopelado, con dos huesos de silicona en su interior; modernidad curva y emergente, obra maestra de la cirugía, culmen de la biotecnología humana. No hay palabras.

KK, decíamos antes de casi perdernos en el gozo de la contemplación, KK, cosida a su culo monumental, pasea por el albo apartamento. El vino blanco es un diamante líquido entre sus dedos abiertos en

torno a la copa de finísimo cristal. Esparce su toque afrutado y proyecta un reflejo que trata de volar, como una paloma dorada, pero se choca contra las paredes. El aroma del vino acude a entrelazarse con el perfume untuoso con el que KK ha aromatizado la negrura de su cabellera profunda y, también, solo un travieso flisflís, su pubis oscuro, delineado como un hito en un horizonte que perseguir.

Pero no dura esta perfección que nos está embobando. Una íntima urgencia, esperada, ansiada, rasga la elegante velada nocturna de KK y ese universo de redondeces empieza a colapsar sobre sí mismo. Por fin.

KK abandona la copa de vino blanco sobre la tapa de un piano de cola que agoniza como una ballena varada, blanca también, en mitad del gran salón con vistas a la erupción de dinero de Manhattan. Algo la incomoda. Por fin. Acelera el paso, va dando saltitos. Su culo trota detrás algo remiso. Es un perrazo parsimonioso pero obediente, que han encadenado a su cintura.

KK siente una pesadez en el bajo vientre. Por fin. Su cuerpo la urge. Ella se alegra. Se alegra tanto... Llega el momento. El instante de la verdad. Ahí viene. Corre por los intestinos de la casa y, mil habitaciones después, logra cruzar el umbral del cuarto de baño. La estancia está entera forrada de mármol blanco. Es catedralicia, inmensa, y en ocasiones KK, sentada en el inodoro, dice hola, hooola, hooola en voz alta para disfrutar de la concurrencia del eco, que no tarda en presentarse. Le gusta escucharse. Siente que por fin hay alguien dentro de su cabeza.

Ya se ha sentado KK. Llega el momento de comprobar si las píldoras han funcionado. Y, si no funcionan, no pasa nada. No son caras del todo, 425 dólares cada una. Es un precio razonable. Las ha comprado en secreto. Por internet. No se lo ha dicho a nadie. Le gustaría contarlo, como todo, pero teme que la juzguen mal y no la comprendan, que digan que ha enloquecido, que se burlen de ella. Teme una *shitstorm* en las redes. Ojalá pudiera hacer entender. ¿Qué hay de malo en querer embellecer un poco este mundo feo y mal vestido? Eso

pretende, solo eso. ¿Se puede entender? ¿Qué mal hay en promover la belleza?

Se ha bajado el tanga de color crudo, sin costuras, adornado con dos «K» entrelazadas, escritas con pequeños diamantes falsos en la breve tela que cubre el pubis. La prenda minúscula permanece en tensión, como la cuerda de un arco sujeta entre sus poderosas pantorrillas separadas. La goma se hunde en la carne. Los pies, de puntillas, con las uñas pintadas de negro, con una K de puntitos plateados pintada en cada uno de los dedos gordos, conforman un delicioso arco en el empeine, un juego de pronunciadas curvas y contracurvas que luego gira en el talón vertiginosamente y asciende, piernas arriba, como la rúbrica barroca de un artista con el ego de un dios. Los muslos y los glúteos, relajados, los de un buda rebosante, reposan en el inodoro y la tibieza de la carne multirracial de KK contrasta con el blanco frío y pulcro de la loza.

Kim, entronizada por fin sobre su culo imperial, es un pantocrátor que bendice la infinita banalidad del primer siglo digital. Mira al frente, a un punto blanco en la pared, para concentrarse en el esfuerzo físico que habrá de hacer. Ya viene. En la boca se le dibuja un torcido gesto de esfuerzo que la afea. Entonces, cuando su belleza se descuadra a causa del apretón, su ano pronuncia un «oh» de sorpresa y por allí asoma la cabeza un enorme trozo de excremento.

Calma, lector.

Es importante que lo miremos sin prisa, sin asco ni vergüenza, deteniéndonos sin reservas en él; que nos fijemos en esta generosa porción de mierda que lucha por venir al mundo. Que le demos la bienvenida incluso. Kim se dobla sobre sí misma, pero no logra ver el alumbramiento de la nueva criatura. Sólo desea que las píldoras hayan funcionado, lo desea con todo su corazón; que las cápsulas que vende el artista Tobías Wong, rellenas de finas láminas de oro de 24 quilates, hayan hecho el efecto prometido: pintar de dorado sus excrementos. *A golden shit. A precious golden shit*.

KK sólo quiere parir un poco de belleza. ¿Algo que reprochar? ¿Qué hay de malo en conseguir que ese momento tan íntimo, tan desprovisto de clase, tan sucio, se convierta en un auténtico ejercicio de estilo? Si nos maquillamos, si nos operamos, si nos vestimos para dar a los demás nuestra mejor cara, por qué hemos de traer al mundo en cambio esta cruda y maloliente presencia cuando obramos.

Contemple por tanto el lector, aguante sus melindres, parapétese tras un punto de vista científico si quiere eludir el asco, imagínese el frío interés del perito o del cirujano, examine como un simple tasador el advenimiento del prometido lingote de mierda. Es algo verdaderamente descomunal. Grueso. Rugoso. Fresco. De pastosidad algo crujiente. Parece que tiene lengua y la chasquea. Un dinosaurio de cuello infinito. Un cocodrilo lustroso. Un tronco flexible de pino que ha brotado orgulloso del intestino de KK, donde se ha gestado con mimo durante horas de digestión, salpimentado con las partículas doradas del doctor Wong, ese caradura que solo pretendía reírse de la estupidez del mundo pero que ha encontrado una nutrida y adinerada clientela dispuesta a comprarle sus mierdas.

Admiren, señoras y señores, cómo se viene hacia nosotros esta pieza biológica incomparable, esa bestia, ese gordo salmón marrón, que, tras recibir un golpe de cadera de KK, hace un ligero efecto pendular y tiene un momento de duda previo del salto del ángel que va a ejecutar, antes de sumergirse para comenzar a remontar las aguas del inodoro. Vean cómo se desprende ufano, liberado, y cae hundiéndose en el agua azulada. Sin salpicar ni una gota. Oh, magnífica parábola. Diez, diez, diez, diez.

Un *perfect*.

KK, encogida sobre sí misma, pero no lo suficiente, no ha logrado ver el glorioso lanzamiento que han ejecutado sus nalgas. ¿Qué aspecto tiene? ¿Es dorado? ¿Es un hermoso y gordo lingote dorado, como ella ha soñado? Se limpia y antes de lanzar una porción de papel higiénico que, como un oscilante pétalo de rosa, se descolgará por las

escaleras invisibles del aire hasta cubrir el excremento, se levanta para comprobar si efectivamente, como largamente ha deseado, como caramente ha pagado, las píldoras del doctor Wong han hecho su efecto y ella, aunque aún no pueda contarlo a nadie, ha logrado que el mundo sea un poco más hermoso.

¿Lo ha conseguido?

En absoluto.

¿No?

No. Ni un brillo.

Es lo de siempre. El color de siempre. El mismo color de siempre.

Menuda mierda.

KK da una rabiosa patada en el suelo. Se siente frustrada. ¿Qué ha podido salir mal? ¿No habrá tomado bien las dosis indicadas? ¿Harán falta más píldoras? ¿Será ella, habrá algo en su interior que se resiste a que el mundo adquiera una pátina más hermosa y agradable para todos? ¿Qué ha hecho mal? KK se siente herida, vulnerable. De nuevo la fístula en su autoestima empieza a doler. Tendrá que contárselo a su terapeuta. Eso va a llevar tiempo, mucho tiempo. Tiempo y dinero para sanarse. Hay que sanar la herida. Lo llamará ahora. Ahora mismo. Le preguntará. Lo verbalizará. Verbalizar y soltar, verbalizar y soltar. Sanar. ¿Por qué su cuerpo la está agrediendo de esa manera al resistirse a las píldoras? ¿Por qué tiene ella que sufrir esa autoagresión? Tiene que llamar ya a su terapeuta. Sanar, tiene que empezar a sanar. Tiene que liberarse de la extrema violencia que sobre ella está ejerciendo su propia caca.

Cae el papel higiénico, como se ha dicho, columpiándose por el aire hasta cubrir como un sudario el enorme trozo de mierda cuya faz es la que siempre ha sido, desde el principio de los tiempos. La misma mierda de siempre.

Se lava las manos.

KK busca el número del terapeuta, visiblemente conmocionada por la frustración, temblorosa. ¿Por qué el mundo es tan feo, tan ho-

rriblemente feo? ¿Por qué todos la atacan? KK llora amargamente. La perdemos de vista unos segundos. Ha salido corriendo. Pasa por mil habitaciones blancas, donde cada cosa está en el sitio previsto por un decorador. KK corre a esconderse en su espacio seguro. Llega al final de un largo pasillo. Teclea en una pared un código secreto y una puerta oculta se abre haciendo un fiunssssss y, con otra onomatopeya deslizante similar, se cierra a su paso. KK entra en una habitación insonorizada forrada de peluche rosa, iluminada en tonos cálidos y sólo habitada por un muñeco. El burrito de peluche que papá le regaló cuando era niña la está esperando. Se abraza desconsolada a él. Aquí nadie le puede hacer daño. Marca temblorosa en su teléfono móvil.

Dejémosla que hable con su terapeuta. Nosotros, entre tanto, quedémonos en este apartamento un poco más, háganme este pequeño favor. Que tan solo acabamos de empezar.

Vamos, regresemos al cuarto de baño. Introduzcamos nuestra cámara subjetiva en el inodoro. Rápido, que se escapa. Fijémonos en ese morzón y en cómo huye por las tuberías, lo mismo que un torpedo entra en los tubos de disparo de un submarino antes de salir a mar abierto. No llegamos a verlo, el cabrón ha corrido más que nosotros. Le hemos perdido la pista por irnos a acompañar a KK en su desconsuelo. Es igual, imaginemos. Imaginemos cómo ese proyectil de un fallido dorado, unido a otros cientos de miles de compañeros similares, todos ellos sustanciosos trozos de mierda paridos con dolor o placer en la gran ciudad de Nueva York, todos hijos de una dieta cuidadísima como la de KK o producto residual de cualquier otro tipo de ingesta perfectamente cancerígena, transitarán por los cientos de miles de kilómetros de tuberías de la megalópolis americana e irán a buscar un lugar de encuentro donde convertirse en una fabulosa infantería. Encontrarán un espacio seguro común donde todos ellos, en una monumental conspiración que los hará más fuertes, se citarán para viajar, ya reunidos como una legión invencible, desde Nueva York y, tras un largo viaje en ferrocarril, alcanzar su último lugar de